

CICLO DE CONVERSACIONES ANTROPOLOGÍAS DEL SUR: JOSEFINA HURTADO NEIRA

CLAUDIO ESPINOZA*, PAULA CONTRERAS** & LUIS CAMPOS***

Resumen

En esta décima entrevista del ciclo de conversaciones Antropologías del Sur, cuyo fin es revisar y pensar formas no hegemónicas de la disciplina, se presenta la trayectoria académica, intelectual y profesional de Josefina Hurtado Neira (Traiguén, Chile, 1957), antropóloga formada en la Universidad de Chile a mediados de la década de 1970 en donde le tocó vivir el impacto de la dictadura en la Universidad y el inicio de la lucha por el retorno a la democracia en los años 80'. Con una extensa carrera, Josefina Hurtado nos convoca, a partir de su propia biografía, a un ejercicio de memoria que es coincidente con las principales temáticas, conceptos y autores/as que han orientado su trabajo durante años. A través de su relato van apareciendo colectivos como *Con-spirando* o su extenso trabajo en antropología de la mujer, los estudios de género, corporalidad, memoria y performance, desarrollados tanto en el mundo académico, como en diversos organismos nacionales e internacionales, trabajo que ha desembocado, entre otros logros, en diversos talleres y cursos en donde se pone en práctica una aproximación interdisciplinaria, transformadora y a su vez sanadora de la antropología.

* Académico, Centro de Investigación y Creación Interdisciplinaria, Vicerrectoría de Investigación y Posgrado, Universidad Católica de Temuco. Director Revista Antropologías del Sur, Universidad Academia de Humanismo Cristiano

** Académica, Escuela de antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano

*** Académico, Escuela de antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano

AdS: Muchas gracias Josefina por aceptar esta invitación. Quisiéramos comenzar esta conversación con tus inicios, dónde naciste y creciste, y luego cómo llegaste a la antropología.

Nací en Traiguén, pero me tocó vivir en muchos lugares distintos: dos años en Traiguén, dos años en Tomé, dos años en Curicó, seis años en Iquique, cuatro años en La Serena, un año en Estados Unidos y luego en Santiago para estudiar antropología desde donde no me moví más. Entonces mi biografía inicial es muy nómada y, por lo tanto, muy desgarrada porque siempre que ya me estaba acostumbrando a algo, a unas personas que me cuidaban, a amigas, amigos, a la ciudad, venía un cambio.

Iquique, que es el lugar en el cual viví durante más tiempo antes de entrar a la universidad, dejó algo así como una huella, y por mucho tiempo me sentí del norte, Iquiqueña, y casi sin ninguna identidad del sur porque no tenía tantos recuerdos. En Curicó un poco, pero también con mucho dolor, porque ahí viví un desgarró muy fuerte con la partida de la señora que me cuidaba.

Entonces, bueno, en los años 1972, 1973, 1974 yo estaba en La Serena y postulé a un intercambio a Estados Unidos y me fui a vivir a Minnesota. Era un intercambio de la American Field Service. En Minnesota, que es un lugar medio escondido para Estados Unidos, centro-norte, viviendo en una granja y yendo al colegio que era el colegio de toda la región, tuve a un profesor, el doctor Monkey, Mr. Monkey [ríe], que era sociólogo y antropólogo. Hasta esa época yo venía un poquito más con la idea de algo más ligado a la salud: medicina, enfermería, odontología, quizá, porque mi abuelito

era médico, entonces como que él me había marcado mucho con esas disciplinas y, además, yo lo admiraba, quería mucho a mi abuelo. Y, por otro lado, tenía claro lo que no quería: nada con leyes, porque mi papá era abogado y conocía de qué se trataba. Entonces cuando descubrí a Mr. Monkey, en un electivo que se llamaba “Culturas en Conflicto”, me pareció lo más apasionante del mundo y tuve a mi alcance todas las herramientas, libros, etc., que nunca tuve en la carrera de antropología [ríe]. En un semestre electivo hicimos cosas maravillosas: salidas a terreno, experimentos como grupo, como era una materia electiva, éramos quince estudiantes, entonces hacíamos mucho trabajo en grupos de a cinco, por ejemplo, teníamos que inventarnos una cultura, enterrarla en el patio, el otro grupo la desenterraba y tenía que ver cuál era el lenguaje, la religión y todo lo demás. Fueron cosas maravillosas que viví siendo muy chica.

Entonces cuando me vine a terminar el colegio, terminé en Iquique por las circunstancias de cambio de casa de mis padres. Y allí había otra circunstancia muy compleja que yo recién la estoy abriendo ahora. Este año recién abrí este pedazo de mi historia. Por esa época, yo siendo muy chica todavía, estaba militando, primero en el Frente de Estudiantes Revolucionarios y ligada al MIR, por lo tanto antes del golpe me habían indicado que yo tenía que pasar a la clandestinidad. Ir a Estados Unidos, por tanto, era parte del plan: cambiar de imagen, volver de una manera distinta para infiltrarse mejor donde hubiese que infiltrarse [ríe].

Antes de que ocurriera el golpe, mi prueba de fuego fue el Tanquetazo¹, porque ahí yo hice un registro de las entradas y salidas del regimiento de La Serena, que estaba arriba

de una colina y yo iba a un lugar con juegos de niños chicos y observaba..., fue mi primera etnografía [ríe]. Después de eso me pidieron que siguiera. Yo tenía un jefe de militancia y a él le planteé la idea de ir a Estados Unidos, le pareció regio. Poco tiempo después él cayó preso. Yo iba a una reunión con él cuando cayó y alguien me avisó que no llegara a ese lugar. Entonces fue como que yo dejé todo ese tiempo muy bloqueado porque fue muy duro. Porque imagínate: cambiar de imagen poco antes del golpe, quedas como traidora. O sea, a nadie le he vuelto a explicar qué pasó de verdad, porque después yo me fui. Bueno, en verdad sí le expliqué a uno que era mi pololo [ríe], a él sí le expliqué.

Una mujer me ayudó para la postulación a la beca, una mujer de derecha, momia, alcaldesa en los tiempos de Pinochet, y me ayudó quizá porque era hermana de una compañera de curso y tal vez pensó “a esta cabra chica la van a tomar presa”, porque mi foto estaba con el brazalete del MIR en el regimiento. Una amiga de mis papás la sacó y la rompió, entonces alguien más podía haberla visto. Entonces yo no sé exactamente cómo fue que gané esa beca, pero así fue.

Al regresar de Estados Unidos tenía más claro por dónde quería ir. Cuál era mi interés, pero no tenía claro qué hacer políticamente. O sea, yo seguía con la idea de que tenía que volver a reinsertarme. Al regresar y terminar el colegio entré a estudiar antropología a la Universidad de Chile y ahí pasó que en el año 1976 desaparece Rodrigo Medina Hernández, alumno de sociología. Entonces nosotros fuimos muy impactados, toda esa generación. Éramos un grupo muy chico los que entramos a antropología, en esa casita que estaba ahí en

Macul. Teníamos mucha vida en el Pedagógico, mucha vida en los pastos del Pedagógico. Y me acuerdo que hicimos la primera marcha por la desaparición de Rodrigo y por solidaridad con Malva Hernández que era profesora de Lingüística y trabajaba con Gilberto Sánchez en ese tiempo, era alguien muy cercana.

En resumen, mis inicios están muy marcados por el aspecto político y por el nomadismo [ríe], de no ser de ninguna parte y siempre ir viendo cómo te insertas, cómo lo haces, y también con esta cosa de la clandestinidad que me quedó para siempre. Y bueno creo que la antropología misma tiene que ver con eso de estar viviendo en mundos que no son tuyos y que uno trata de entenderlos.

AdS: Josefina y a ¿qué se debió tanto nomadismo en tu infancia y adolescencia?

Bueno, mi papá y mi mamá se conocieron en este barrio [Lastarria]. Había una pensión y él era un estudiante de leyes aquí cerquita y mi mamá se vino del campo a la ciudad, la típica jovencita [ríe] que va a probar suerte. Ella no tenía ninguna profesión, había escasamente estudiado la secundaria, pero nunca logró terminar sus estudios. Había hecho un curso de modista; era muy inteligente, entonces aprendía muy rápido y ella dijo “Me voy” porque quería salir de todo lo que era su responsabilidad como hermana mayor, que tendría que haber ayudado a criar a un montón de hermanos. Entonces conoce a mi papá en esta pensión y se casan. Durante tres años viven por aquí en la calle Lastarria. Mi mami mantenía la casa porque él era un estudiante eterno, de hecho fue cuando nació mi hermana Cecilia, que es la tercera, cuando mi papá recién tuvo un trabajo

como abogado, como secretario de juzgado en Traiguén. Entonces ahí en Traiguén nacemos la cuarta mujer que soy yo y mi hermano que es el quinto, y ahí se acaba la familia porque se buscaba al hombre..., y por ahí viene el interés de los estudios de género.

Entonces nos íbamos cambiando de casa a medida que mi papá iba teniendo otros trabajos; juez de Tomé, después a Curicó, etc., como es la carrera judicial. Y bueno, en La Serena estaba como presidente de la Corte de Apelaciones de La Serena, fue súper duro porque él era de izquierda, sin ser político de partido, pero sí de ideas. Había ido a Cuba invitado por Fidel Castro a conocer los Tribunales Populares y había venido a Santiago con autoridades a legitimar la elección de Allende. Y por muchos otros motivos estaba en la mira cuando pasó la caravana de la muerte. Él se enteró por los diarios. Yo soy testigo de que él salió de la casa y volvió, había visto en los diarios y partió al regimiento. Entonces era una persona muy indeseable para el sistema y lo mandaron de alguna forma relegado o castigado, sin expulsarlo del poder judicial, ya no como ministro sino que como fiscal y nunca más podría ser presidente de Corte..., murió muy joven a los 57 años.

AdS: Y cuando entras a estudiar antropología, ¿con qué te encuentras, cómo era la escuela de antropología, y cómo era este escenario marcado por el golpe de Estado y la dictadura?

Más que nada había mucho temor a hablar, había mucho cuidado con quién tú ibas a hablar, porque habían rumores dentro de la escuela, “que tal o cual persona era soplón” y que compañeros de la escuela eran de la Triple A de

Argentina. Entonces con todas esas sospechas, tú no sabías con quién te podías juntar. Yo, de manera absolutamente intuitiva, me juntaba con casi pura gente que tenía que ver con el MIR, sin nunca decirlo.

Recuerdo que cuando conocí a Mario Muñoz, con quien coincidíamos en algunos cursos, estábamos estudiando en la casa de una compañera para una prueba de sociología y a Mario, que ya tenía más carrete, y hacía cosas más locas, se le ocurrió que saliéramos, que nos disfrazáramos, que nos pintáramos las caras y fuéramos a tocar música a las calles. Nos subimos a una micro y todo el rollo. Bailábamos en la calle, no habíamos tomado ni pitiado nada, pero igual estábamos así, en otra onda. Y ahí le dije a Mario, sintiéndome así súper inteligente, “Oye, lo que estamos haciendo me parece muy pequeño burgués” [risas]. Entonces era como una señal de que yo era una persona de izquierda, y así nos fuimos enganchando y nos pusimos a pololear.

Y fue muy lindo también porque gente de antropología y Mario fundaron el grupo *Santiago del Nuevo Extremo* -Mario venía del Barroco Andino-. Y yo lo había visto a él en Iquique, cuando terminé el colegio, allá había un teatro en mi colegio de monjas, y ellos fueron a tocar y ese hito a mí me cambió la vida. O sea, cuando yo escuché la música del Barroco Andino tomé la decisión de ser yo misma porque en ese momento no sabía si seguía clandestina, no sabía, estaba súper perdida, y entonces cuando escuché la música, me dije “voy a ser yo misma”. Y ahí decidí que yo ya dejaba esta idea, porque además había perdido todos los contactos, mi jefe se había ido a la cárcel y con el que había venido de reemplazo nos desconectamos, entonces al final yo dije yo soy yo

misma. Mario no me vio, por supuesto, porque era “la estrella” con los otros, pero yo nunca me olvidé de su energía. Después nos conocimos en antropología.

AdS: ¿Cuántos del *Santiago del Nuevo Extremo* eran de antropología ?

El Pedro Villagra, quien incluso vivió con nosotros en esa casa donde ensayábamos, ¡Ensayaban! El Pedro era del curso de la Marisa Weinstein, de la Jacqueline Gysling. Pedro era menor y se salió de la carrera para dedicarse a la música. Otro que estaba en antropología era Julio Castillo. Lucho Le Bert estaba en arquitectura, y claro, por supuesto el Mario, y en psicología estaba el Lucho Pérez. Después fueron cambiando, hasta estuvo el que después fue ministro, Nicolás Eyzaguirre.

También estaba la ACU, la Agrupación Cultural Universitaria, donde pasaban muchas cosas. Al lado de la parroquia Pedro de Valdivia, en la Parroquia Universitaria, entonces se organizaban conciertos y también teatro. Alcancé a estar en un grupo de teatro de antropología donde estaba el Rony Goldschmied y también estaba la Susana Rochna. Entonces era un mundo así, a pesar de que era tan represivo, era de mucha creatividad de nosotros mismos, no quedaba otra.

AdS: Y en ese contexto ¿tenían ciertos autores que siguieran en antropología? ¿o ciertas ideas que estuvieran desarrollando? ¿tenían alguna instancia que los uniera en términos de los estudios?

Tuvimos una gran dificultad con los autores. Bueno, todos los marxistas estaban prohibidos, o los que se parecieran u olieran a marxismo, entonces no se podía ni siquiera hablar de esos autores. Recuerdo un episodio donde alguien preguntó por Chinoy, si acaso era verdad que era marxista, y Michel Romieux, que en ese momento era nuestro profesor, se indignó, que lo estábamos provocando, que cómo íbamos a hacerle esa pregunta..., entonces, bueno, en ese contexto nosotras organizamos lo que nos salvó, que fueron los grupos de estudio. Yo estuve en un grupo de estudio, no en el primer año, sino que ya debe haber sido del segundo o tercero en adelante, y ahí nos formamos, nos autoformamos. Y ahí nosotras buscábamos profesores, me acuerdo que buscamos a la Cecilia Dockendorff, para que nos formara en fenomenología, porque eso no lo íbamos a ver en la universidad. Lo que a mí sí me gustó, a pesar de que no me fue tan bien en Lingüística, fueron todas las lecturas que tienen que ver con la construcción de la realidad a partir del lenguaje. Luego, en un curso que nos daba Marcelo Arnold, me sentí identificada con Geertz, y Marcelo me pedía, como yo había estado en Estados Unidos y había aprendido inglés, que le tradujera algunos textos de antropología y psicología. Entonces como que por ahí me empezó a interesar mucho ese vínculo. Con Marcelo Arnold fue gravitante para mí hacer Antropología de las creencias. También me marcó mucho el libro *Internados* de Goffman, lo vimos en un seminario completo que hicimos con Carlos Munizaga donde solamente leímos a Goffman. También recuerdo haber tenido clases con Juan Carlos Skewes, con él tenía una cercanía mayor porque era muy cercano a Mario y fue mi profesor guía de práctica.

De los que no me gustaron, estaba Thomas, Carlos Thomas, pues el trato era muy escolar y eso no me agradaba. A quien recuerdo con algo de tristeza es a Domingo Curaqueo, porque yo tomé “etnología y lengua mapuche 1”, “etnología y lengua mapuche 2”, que eran parte de la malla curricular, y el curso número 3 lo tomé como electivo, pensando que, en algún momento, podíamos tener algún terreno con Domingo, y es que nunca tuve terreno, o sea, en esos años no había terreno. Toda la gente que había entrado antes iban al sur con Domingo, con el machi Gerardo, había toda una historia que uno escuchaba, pero que ya no existía para cuando me tocó estudiar a mi. Entonces era como súper frustrante.

Los terrenos que recuerdo, los hicimos en Santiago, algo bien sui generis. Íbamos al cementerio, y en el cementerio teníamos que clasificar las tumbas según el tipo de arquitectura, según el estilo. Y eso era algo que podíamos hacer. Y luego en Cerro Blanco, también, vimos las piedras tacita..., otro curso que recuerdo, muy interesante, es el que hacía Vogel, Claudio Vogel, un curso de psicología social. Un curso que me encantó fue antropología física, con Juan Munizaga. Eso fue maravilloso, muy lindo, me gustó mucho. Tanto de trabajar con el esqueleto, conocerlo, y también con Juan, conocerlo como persona.

AdS: Josefina ¿cómo describirías al tipo de estudiante en términos etéreos, socioeconómicos, etc. que entraba a estudiar antropología a la Universidad de Chile en esa época?

En mi promoción del año 76' éramos muy poquitos. Yo creo que entramos 28. Se podía distinguir ahí claramente gente que venía con

una buena formación. De hecho, como yo venía de provincia me sentía menos formada en temas de filosofía o cosas así, que otras compañeras de mi curso que venían de mejores colegios. Teníamos gente que, no sé, como el Pancho Mena que [ríe] iba a terreno con su abuelo, que es del Museo de Arte Precolombino, el fundador. Era gente como él, o como la Nuriluz Hermosilla que cuando nos invitó a su casa era así como una mansión [ríe]. Pero todo piola. La Marisa Weinstein, que de repente nos invitó a la casa de su abuelo y era otra mansión, entonces era gente que tenía un buen estatus, digamos, socioeconómico, pero que no se les notaba. Porque andaban así con hawaianas, así como lo más piola posible [ríe]. Entonces yo diría eso. Una mezcla de gente que venía de colegios entre comillas con una “buena formación” y gente que tenía como una economía mejor [ríe].

AdS: Josefina, regresando a un elemento muy interesante que mencionaste, esto de la autoformación. De formar grupos de estudio. O sea, la escuela no me está proporcionando lo que yo quisiera, pero los estudiantes se organizan, buscan sus recursos, ¿cómo hacían eso ustedes?, ¿lo hacían en las salas de la Universidad?...

No, lo hacíamos fuera de la Universidad. Absolutamente, por lo menos esa fue mi experiencia. Ahí con un grupito que nos seguimos juntando hasta ahora: Marisa Weinstein, Jacqueline Gysling, Fernando Maureira, Victoria Estrada..., y salían ideas o sea “Pucha, nos gustaría entender más esto, ya, invitemos a tal persona” Yo caí en ese curso, porque postergué dos veces, entonces caí en cursos más chicos y con ellos tenemos un grupo y nos

seguimos juntando regularmente. Entonces los grupos de estudios se hacían por iniciativa propia y no de la universidad y nos juntábamos en un local que nos prestaba el papá de la Marisa. Yo les decía a mis estudiantes que antes nos costaba tanto tener clases, tener libros, y que ahora entonces aprovechen eso que tienen...

AdS: Josefina y en esta línea respecto de autores y corrientes teóricas, ¿cuáles fueron tus referentes, cuáles fueron las líneas que comenzaste a seguir y que te sirvieron para ir creando tus propias categorías?

Mucha antropología simbólica que se cruzó súper bien con los estudios de género. Entonces desde muy temprano estuvieron los temas de género. Recuerdo un seminario de Mujeres y Antropología que se hizo en el Colegio de México, que fue el primer seminario de Mujer y Antropología latinoamericano que se hizo después del primer seminario Mujer y Antropología que organizamos acá en Santiago como Colegio de Antropólogos, con la Comisión de la Mujer. Y bueno, cuando voy a México, la comisión nuestra delegó que yo presentara los resultados de nuestro seminario, y ahí conocí a mucha gente, por ejemplo a la Teresita de Barbieri, un montón de gente que estaba hablando de mujer y antropología. Y luego nos vinimos con los libros que después usábamos en las clases [ríe], porque aquí no había. Y, de hecho, nuestra formación no había tenido ningún aspecto que tuviera que ver con eso. Como máxima cosa habíamos leído a Margaret Mead, pero en cuanto a estudios de género y antropología cada una fue haciendo

su autoformación. Yo estuve como ayudante de la Sonia Montecino en algunas cosas, como en la publicación de Reino de Mujeres, compuse una de las historias de vida, cosas así. Y luego, en búsqueda de metodologías cualitativas, me metí a estudiar a la FLACSO con un metodólogo cualitativo y luego me quedé varios años trabajando ahí en el área de estudios de género. Entonces nuestra formación fue rápidamente interdisciplinaria, y desde la antropología tenía lo que había conocido en México, fue muy marcador ese viaje a México. Luego, con las personas que habían estado exiliadas y que habían empezado a volver, tuvimos la formación también extracurricular en género. De hecho, también estudié con la Virginia Guzmán, que había estado exiliada en Perú, y con ella trabajamos para hacer las primeras formaciones de políticas de la igualdad de la mujer y cosas así, que lo licitó el PIIE. Me contrataron a mí y todas comenzamos a formarnos así. O sea, nadie tenía una formación en género. Entonces ahí la Virginia nos formó metodológicamente y teóricamente y hacíamos nuestros seminarios de Arica a Punta Arenas. Estuve como cinco años en esa línea, pero siempre fue con una formación extra académica. Aunque después se insertó en la Academia, porque ahí después la Universidad Academia Humanismo Cristiano creó primero el curso antropología de la Mujer, entiendo que a instancias de Ximena Valdés fue creado por Eliana Largo, pero justo a ella le sale una investigación fuera de Chile y me pide que yo tome ese curso. Me pasa una malla que a mí no me gustó nada, porque era casi todo solamente rural, la transformé y ahí me puse a hacer ese curso.

Después viene el CEM, el CEDEM, la FLACSO, y el Instituto de la Mujer y le propone a *La Academia*² que haga los diplomados de género, antes de que se hiciera el Programa de Género. Yo ya estaba con el curso ‘antropología de la mujer’ y, bueno, conocía a todas las compañeras que habíamos ido a México, trabajado en FLACSO o hecho los cursos de formación con Virginia Vargas del CEM. Pronto sentí que más bien había que hacer género o mujer y género. Y ahí, con la primera promoción, donde estaba Claudio y el Enrique Moletto que se motivó bastante. Enrique pasó a ser ayudante y después hicimos el curso los dos, como Enrique estaba buscando los temas de masculinidades y todo eso.

En paralelo en la Universidad empieza a haber una motivación, una gran motivación por los derechos humanos, que era histórica y de siempre, y siempre estaba la pregunta por qué en democracia *La Academia*, me refiero a la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, no hace más, porque ese era su origen, entonces empezamos un electivo de derechos humanos que después se transformó en la cátedra UNESCO de educación en derechos humanos, género y multiculturalismo, pero ahí, para mi gusto, y esta es una opinión enteramente personal, se institucionalizó. O sea, toda esa pasión que hubo en los inicios con antropología de la mujer o desde los derechos humanos como electivo, todo eso después lo pensaron: desde antropología lo cultural, desde educación la pedagogía en derechos humanos, y género desde PROGENERO. Y entonces se institucionalizó, no digo que esté mal, pues había que transversalizarlo y ampliarlo a toda la universidad. Y bueno, ahí fui muy feliz, donde en paralelo estuve participando en colectivos. Toda la vida he participado, hasta el día de hoy, en colectivos.

Entonces esto de estar en espacios muy institucionales, lo hago porque es importante para mí, más bien como llevarlo desde el movimiento hacia las instituciones, que es importante porque las instituciones tienden a estancarse.

AdS: Y cómo ves los programas de género de la Universidad de Chile, que desde esa época existen dos, el de ciencias sociales y el de humanidades, que no se entiende por qué no están juntos.

Ahí veo una cuestión bastante de liderazgo. O sea, el liderazgo de la Sonia para el primero era muy fuerte. Me acuerdo que Marcelo Arnold me llamó cuando veníamos de regreso de México y me preguntó qué pensaba yo de todo esto. Y por otro lado estaba la Kemy Oyarzún y otras personas que lo inician desde humanidades. Ellas hicieron el recorrido también preguntando. Yo estaba en la FLACSO cuando llegaron a preguntar “¿qué les parece a ustedes que iniciemos un nuevo programa?”. Entonces me acuerdo que la Tere Valdés preguntaba “¿Y por qué no lo hacen junto con lo que ya existe?”. Las compañeras de *Con-spirando* participaron en los primeros cursos realizados desde humanidades aportando una mirada desde una espiritualidad ecofeminista. Entonces yo creo que tiene que ver con liderazgos y visiones diferentes de cómo abordar el tema.

AdS: Y ¿cómo fue lo que se creó en La Academia de Humanismo Cristiano?

La Academia tenía un perfil que venía desde antropología muy desde lo rural, que no era lo que yo entendía, que no era parte de mi

formación. Cuando yo estudié era más urbano, mucho más urbano, y cuando me tocó hacerme cargo de eso, lo hice mucho más de lo que yo creo realmente en términos pedagógicos, que es instalar dispositivos de aprendizaje más que tener una línea tan definida. Yo pienso que primero hay que valorar la experiencia que traen los propios alumnos y alumnas, por lo tanto, siempre era la pregunta de “¿Qué es lo que más te interesa?” y eso atraviésalo por género.

Me acuerdo de alumnos anarquistas que tuvimos, entonces les decía, bueno, traigan sus lecturas, qué es lo que les interesa y cómo eso les va permeando o va siendo cuestionado, o que establezcan debates. Entonces, yo por lo menos, no traté de poner una línea, sino que partir de lo que existía, que tenía que ver con diferentes fuentes, que incluía también la incidencia en las políticas públicas, que es cómo las transformaciones culturales pueden tener un quehacer a ese nivel, pero también llevando a esos cambios la biografía, como diciendo que cualquier cambio, si no pasa por el cuerpo, si no pasa por entenderlo en tu propia vida, es muy difícil. Y ahí me pasó que me iba topando con barreras, por ejemplo en las alumnas y alumnos, a quienes costaba mucho trabajar sus propias biografías, les parecía muy amenazante: no tenían ningún problema en ir a estudiar otras biografías, pero no te metas con la mía, aunque fuera con respeto y todo lo demás. Entonces, yo sentí eso. Además ya estando en el programa de estudios de género con la Kathya Araujo, nos llevamos súper bien porque ella es súper teórica, investigadora y su cabeza está así al 100% y yo era mucho más de movimiento, era mucho más de organizar seminarios que estaban en los temas de la salud sexual y reproductiva, los derechos reproductivos, el aborto, y llevamos eso también a la Universidad.

Y había que traer el cuerpo también a la universidad. Al tiempo renuncié al Programa de Género porque me sentí absolutamente agotada. Había generado un diplomado que se llamaba “Cuerpo, imagen y máscara”. Hice un esfuerzo increíble trayendo a la Elina Matoso, directora de la escuela de La Máscara de Buenos Aires, a la misma Kathya Araujo como directora de PROGÉNERO, y a la directora de la Escuela de Terapia Corporal donde yo había hecho mi formación también. Era con las tres que soñaba, era mi sueño de que logran dialogar el cuerpo, el género y también el movimiento, no solamente intelectual.

Cuando terminamos, la única generación que salió, y que fue la única que se hizo, mucha de la gente venía de la escuela de terapia corporal y yo sentía que esa gente nunca había conocido trabajos de género ni de antropología, y también incluimos a alguien de estética, entonces eso fue precioso, pero resulta que yo lo tenía que coordinar y terminé tan agotada. Además estaba todos los requisitos de admisión, la Kathya estaba súper angustiada porque teníamos que tener dieciseis personas y teníamos catorce, entonces no se cubría el cien por ciento, y lo entiendo, o sea yo también estaba con ella en la parte administrativa, pero me sentía tan agotada que ahí me fui, y bueno, también por otras razones, seguí en derechos humanos.

Después quitaron los fondos, pero yo ya no estaba, no me tocó estar. Estuve súper contenta de haber podido participar y aprender de la Kathya desde su perspectiva lacaniana.

AdS: Josefina, volviendo un poco a tu trayectoria después de la universidad, cuando saliste de la universidad, ¿empezaste

inmediatamente con la línea de género? ¿o abordaste otras áreas profesionales en términos de trabajo?

Bueno, al terminar la carrera hice la licenciatura, el examen de grado y de ahí Marcelo me dijo que si después hacía un Magister ya no necesitaba necesariamente hacer la tesis, que no centrara mi energía en eso, sino que sacara la licenciatura porque después eso me iba a permitir seguir una carrera más adelante. Y como en ese tiempo yo ya estaba con una hija y tenía problemas de tiempo y necesitaba trabajar, me esforcé por hacer la licenciatura y dar el examen. Yo ya había empezado a ver con Marcelo lo de la tesis, había empezado a trabajar, con el pentecostalismo en Chile y llevaba haciendo mucho terreno de pentecostalismo, trabajando en Santiago y un poco en la Quinta, en algunas iglesias muy interesantes en términos políticos, con las que yo había comenzado a trabajar durante la dictadura, pero nadie trabajaba esos temas, no tenía a nadie que me pudiese guiar y Marcelo tampoco se sentía competente. De hecho cuando hice el examen de grado mi tema fue ese y Rolf Foerster no tenía cómo preguntarme, entonces yo sabía mucho más, porque ya tenía trabajo en el cuerpo, por entonces yo estaba con la Sonia, ella también estaba investigando, y lo que yo alcancé a publicar lo citaba ella, entonces como que no tenía muchos referentes en ese momento. Después ya se fue formando mucha más gente.

Rolf estuvo trabajando en el Centro Ecu­mérico Diego de Medellín y ahí tenían también un grupo bien interesante donde conozco también a otras personas, bueno, yo trabajé mucho con la teóloga Ute Seibert, que era del Centro. Pero bueno, la verdad es que empecé a formarme con

quienes podía sentirme comprendida, entonces seguí la carrera de terapia corporal y seguí la formación en grupos operativo Pichón-Rivière con Horacio Foladori, no sé si lo ubican, él es uruguayo y estuvo en México también, y muy en la línea de que tú te validas entre tus pares y haciendo una mezcla con la psicología social latinoamericana. Y por eso a mí me interesó el Magister de Psicopatología y de Antropología, que también fue una frustración después. A ese magíster yo me metí porque traían a Tobie Nathan, y Tobie Nathan nunca llegó, y entonces dije bueno, ya hice la terapia corporal, hice psicología social latinoamericana con la escuela de psicología grupal y análisis institucional y al final, para mis necesidades profesionales, era lo que necesitaba. Y todas estas formaciones siempre tuvieron que ver con darme cuenta que no tenía las herramientas suficientes cuando trabajaba con grupos de mujeres, donde muchas veces rápidamente sale el tema de la violencia, no teníamos herramientas para trabajar. Más que lo discursivo o la educación popular de toda la gente que había estudiado con Paulo Freire, eso me llegaba como de rebote, pero no teníamos la formación para contener, para sostener espacios de aprendizaje donde las emociones estaban a flor de piel en un país que había tenido diecisiete años de dictadura, entonces, sentí mucho ese déficit. Por eso fueron los estudios de terapia corporal y psicología grupal.

En términos laborales, trabajé en el Servicio Evangélico para el Desarrollo, y antes trabajé en el IACC, antes de que fuera UNIACC, fui secretaria académica en el IACC, pero por una cosa circunstancial, y luego por problemas políticos con una división que se produjo, yo me salí junto a un grupo de gente que se salió y ahí me llegó una oferta de trabajo para postular

en el SEPADE , el Servicio Evangélico para el Desarrollo y yo, súper prejuiciosa, porque son los canutos, los pentecostales, los típicos que andan en la calle y yo me preguntaba “¿qué voy a hacer yo ahí? ¿cómo voy a trabajar?” entonces me acuerdo que fui a la entrevista y traté de, así como de mostrar mi currículum, que había estado en Minnesota viviendo con una familia luterana, que el colegio inglés donde estudié 6 años era metodista, y me acuerdo que Juan Sepúlveda, que me entrevistó, me dijo: “Todo eso no te sirve de nada porque los pentecostales son otra cosa [risas]. Así que si quieres trabajar y conocer...”, bueno, me seleccionaron y fui muy feliz. Estuve 6 años trabajando, mi rol era encargada de grupos y talleres de mujeres y jóvenes. Yo tenía que hacer un diagnóstico de los intereses que habían en estas poblaciones ligadas a iglesias donde estas instituciones estaban teniendo programas en esos tiempos de “comprando Juntos”, centros de recreación infantil, cosas así, y desde ahí generar, desde sus motivaciones, formación. Y típico que era sexualidad, comunicación, relación padres-hijos, cosas así, y ahí me metí en un mundo pentecostal que me fascinó, yo soy súper sobre involucrada. Entonces me apasioné, me encantó, fui muy feliz, la verdad. Al final, bueno, salí por conflictos porque no estuve de acuerdo con algunas políticas, se desarmaron los equipos, me iban a pasar a la dirección y ya no iba a poder estar en terreno, entonces decidí renunciar. Lo bueno es que no perdí los vínculos que teníamos con el mundo religioso y me fui metiendo cada vez más en esos temas de espiritualidad y también nunca perdí el vínculo con la gente que venía desde Europa y apoyaban el trabajo que se hacía en estas ONGs.

Siento que esta apertura que me permitió conocer el mundo religioso, sin ser religiosa,

me permitió después en 2013 irme a Suiza, que fue una cosa muy positiva. También miraba en términos antropológicos de haber ido a trabajar a una institución muy antigua, que tiene más de 200 años, que es la Misión de Basilea que luego se transformó en Misión 21, desde donde salían las personas que iban a África, a Asia, y muy posteriormente América Latina a hacer misión. Ustedes se mueren con lo que hay ahí, o sea, hay unos archivos de todo, lo que son las fotos, las cartas, los registros que se hacían, ¡los mapas! porque eso existe desde antes que la antropología. Ahí pude sentir esto de estar en contextos donde se sienten muy superiores, o sea, yo sí creo que hay contextos formativos, académicos e institucionales donde miran con mucho desprecio lo que se puede hacer en América Latina o en cualquier otro continente, pero quizá sus relaciones son diferentes, por ejemplo, con África, con Asia, pero con América Latina no se piensa que aquí tú puedes hacer aportes. Entonces, esa sobrevivencia era súper difícil, pero tenía la virtud de que esa gente que había vivido en Chile, no como misioneros sino como profesionales que estaban en temas de desarrollo, sí legitimaban lo que veníamos haciendo aquí en términos de género, y aquí había un ámbito en el que nosotros podríamos aportar mucho más que ellos, que no tenían desarrollado en términos ni de estudios ni de prácticas como lo que teníamos acá.

AdS: Josefina, pasando al tema de los estudios de género y su relación con la antropología, ¿cómo observas tu esta trayectoria en Chile, por ejemplo, en un primer momento se habló de antropología de la mujer, luego estudios de género, antropología feminista y el tema de interseccionalidad?

A mí me marcó mucho esta formación desde la interseccionalidad, o sea de pensar de que sí está siempre presente, metodológicamente uno puede hacer distinciones y separaciones, pero que es muy difícil no verla para todo lo que necesitas. O sea, cuando se te presentan los problemas o las situaciones que tienes que entender, si no tienes esa capacidad de verla inserta en diferentes contextos, desde diferentes ubicaciones, es muy difícil comprenderla. O sea, verlo desde un sólo lado es muy difícil. Y yo creo que el feminismo lo contiene, por eso el feminismo siempre ha tenido una mirada que es muy integradora. Hay diferentes tipos de feminismo también, Y luego están las disidencias también, hay una fuerte discusión dentro del feminismo de cómo abordarlas, y ahí yo tengo mi propia aproximación. De hecho, participé bastante en los encuentros feministas latinoamericanos y chilenos, estuve en las discusiones en Brasil y México, de si se aceptaban o no las disidencias o especialmente lo trans, y ahí yo tenía mi posición. Había diferentes posiciones, ganó una, que era la que yo también postulaba y que era que sí, que debían entrar. Pero hoy día tengo discusiones todavía con amigas que consideran que eso ha hecho un gran daño a las mujeres y puede que sí, o sea son temas que hay que seguir siempre analizando y poniéndolos en su lugar, pero lo que me pasa a mí es que me sobre involucro, y es que tú vas conociendo personas y los vas entendiendo desde su historia y ¿cómo vas a ir contra esas realidades, esos dolores o esos deseos? Entonces me parece que en eso soy bastante emocional también. No puedo tener algo fijo que pueda decir, bueno, hasta aquí va mi marco y eso no se va a mover nunca más. Además, estos temas son movibles. O sea, imagínate en tan poco tiempo todo de lo que

estamos hablando hoy en día. O sea, cuando en mis años no se podía hablar de nada, o sea en dictadura, pero también por los temas morales, religiosos, o sea había muchos temas que no se tocaban y hoy día tú ves, sales a la calle, ves una diversidad, a pesar de que tengamos todos estos fundamentalismos que están hoy día haciéndose presentes. Pero también siento que esos mismos fundamentalismos tienen que ser entendidos y analizados desde una mirada cultural y antes de atacarlos tanto, que hay razones para hacerlo, tratar de entenderlos. ¿Por qué hoy día tanta gente busca una certeza, un piso, algo que no se mueva? y que eso se lo está dando al fundamentalismo. Eso yo lo aprendí mucho con los pentecostales.

Ahora me estoy reciclando hacia la performance. Estoy participando con un grupo que dirige un director de teatro en “Objetos de mi memoria”. Son puestas en escena que se han realizado en el Museo de la Memoria y en el Centro Cultural del Instituto Nacional, y parece que vamos a estar en Santiago Off en Enero. Allí mi rol es contar mi testimonio, los objetos de mi memoria, son mis libros de ruso.

AdS: Algo cercano a la autoetnografía...

Lo que pasa es que nosotros durante diez años hicimos talleres latinoamericanos con cuarenta personas viniendo de diferentes partes. Empezamos haciéndolo en Santiago, después estuvimos en Washington una vez, después en Brasil, y después seguimos diez años en Chile, pero siempre en la misma línea, mucho de autobiografía, pero también con otros elementos, elementos de la psicología Jungiana para toda la cosa performática, el trabajo de los

arquetipos, etc.. Era una cosa que no podías encontrar en otro lado porque la generábamos ahí; este cruce entre antropología, psicología, movimiento, danza, cosas bien locas, Teatro!!

Todo esto en el marco de las Escuelas Latinoamericanas de Espiritualidad y Ética Eco-Feminista [ríe]. Teníamos, por ejemplo, “Mitos y poderes”, y entonces, todo partía desde la experiencia, entonces descubrimos que las experiencias de las mujeres estaban cargadas con los mitos de creación, ya y ¿Qué vamos a hacer con esto? Y el sufrimiento que provocaba, porque estamos hablando de otra generación, ahora una ya lo sabe, pero habían generaciones que la habían pasado pésimo. Y mucho de lo que ayudaba a salir de la experiencia traumática era con el teatro.

Todo esto fue generando un movimiento, nosotras ni siquiera queríamos ponerle “Escuela”, al principio le decíamos “Jardines Compartidos”, porque no nos gustaba la palabra escuela. Y hacíamos las clases en un jardín, en un lugar bonito con jardín. Hicimos el primer *Jardín Compartido* en Santiago y después se hicieron como ocho en Brasil. Porque habían unas mujeres que vinieron de Recife y después hicieron su Jardinsinho. Y así otras que venían de Perú, de Bolivia, y esto lo mantuvimos durante diez años. Y después de ese tiempo evaluamos, hicimos primero un seminario, un seminario de veinte años de *Con-spirando* y diez años de Escuela, y evaluamos diez años de Escuela, y era ¡increíble! pero ¿qué hacemos después de diez años? Y ahí paramos. Fue como demasiado. Y ahí yo me fui, la Ute Seibert se volvió a Alemania, otras más jóvenes, como la Carla Cerpa se fue a Argentina, la Susan, que fue ayudante en *La Academia*, se fue a Canadá, pero ahora está en Irlanda. Entonces, bueno, como una diáspora. Y ahora se están rearticulando.

AdS: Josefina, a propósito de esta trascendencia del espacio académico para pasar a los movimientos, a los talleres, cuéntanos del colectivo Cons-pirando.

En *Cons-pirando* había gente que era de iglesias y religiosas, y habían personas que podíamos ser ateas o no creyentes, pero que teníamos una necesidad de comunidad o de celebración. Y nos empezamos a juntar en 1991, y la primera vez que llegué a un espacio así, fue a raíz de qué una mujer quería hacer un cierre, porque tenía a una persona cercana desaparecida, y con su ropa quería que le ayudáramos a hacer un ritual para cerrar ese duelo. Y llegué ahí con muchas dudas, o sea, “ritual”, con todos los prejuicios, que podía ser todo muy esotérico, pero fui porque una amiga me invitó y ella era para nada esotérica, y resulta que me encantó. Pensé que eso era lo que necesitábamos después de diecisiete años de dictadura, tener espacios donde tú pudieses hacer cosas como esa. Entonces me dio mucho sentido y fuimos generando esos espacios de celebraciones, de cambio de estación, de cambio en el ciclo vital.

Después arrendamos una casa y la abrimos para hacer encuentros. Tenía un parque precioso, con un patio grande, con muchos árboles, en plena Avenida Vicuña Mackenna, era un oasis donde se podía llegar. Manteníamos una sala con cojines, y todo era circular y muy colectivo. Empezamos ofreciendo talleres de memoria, historia personal, historia comunitaria, trabajando mucho con *Casas de la Mujer* que querían hacer sus propias historias. Y así fuimos especializándonos, y ahí fue cuando topamos con el tema de que ante la emoción no teníamos herramientas y empezamos a estudiar terapia corporal. Y ahí empezamos a hacer talleres relacionados con nuestro cuerpo,

nuestro territorio. Sacamos una serie: “Nuestro cuerpo, nuestro territorio”, relacionado con la sexualidad, con la ética, etc.. Y nosotras hacíamos la formación y dábamos el material para que las personas pudiesen recordar los documentos, y ahí incluíamos textos que venían de diferentes disciplinas. Y esa misma metodología yo la llevé a Suiza y trabajamos con gente de África, Asia, América Latina, también partiendo desde la experiencia, trabajando desde el cuerpo, y eso quedó de alguna manera también como una línea.

En términos de publicaciones, el 8 de marzo de 1992 salió la primera publicación. La última salió en 2009. Después empezamos una serie de libritos que eran como más temáticos. Ahí yo hice mucho trabajo interdisciplinario con teólogas, en este caso con la Ute Seibert, pues para nosotras no tenía mucho sentido escribir algo sino era algo que tuviese que ver con lo que nos pasaba en la práctica. No es solamente hacer lecturas y luego publicarlas. En el colectivo había compañeras que les encantaba leer y publicar, y habíamos otras que si no hacíamos algo práctico entonces no nos interesaba publicar, y eso hicimos durante veinte años.

AdS: Josefina y tuviste contacto con Julieta Kirkwood, con quien se acercan algunos de los planteamientos que señalas.

No la conocí personalmente. Cuando ella ya estaba enferma, la Marisa, la Tere, de la FLACSO iban a verla, pero ella ya estaba enferma. Yo no era amiga de ella, por lo tanto, no llegué nunca a verla. Sabía de ella y leía lo que ella escribía, lo que sí, es que seguía traba-

jando con una amiga de ella, Patricia Crispi, que fue quien compuso el libro “Tejiendo rebeldías”. Y con la Pati, que viene más del área del teatro, generamos incluso una consultora que se llamó “3C”. Corporal, Contextual y Creativa. Empezamos a trabajar y ofrecer capacitaciones, hicimos, no sé, por ejemplo, autocuidado para equipos psicosociales, pero siempre tomando estos elementos de lo corporal, lo conceptual y lo creativo. Y ahí también incorporamos ontología del lenguaje, con Echeverría, la Pati incorporaba a Maturana, con quien había estudiado. Yo, de repente, no tengo tanta necesidad de incorporar tantos autores, me enfoco mucho más en la biografía, en la vivencia y en la metodología. O sea, lo que a mí me interesa más es el dispositivo. El marco que permite que algo pase y que por lo tanto lo que se le pueda meter ahí puede ser tan amplio, que no necesariamente lo necesitas definir tú. Por eso me interesa más esa parte metodológica.

AdS: Josefina, a partir de tu trayectoria, ¿cómo ves el lugar y el quehacer de la antropología hoy en día en Chile?

Siempre me he sentido en las instituciones como pollo en corral ajeno [ríe], mis inserciones fueron mucho más en el programa de estudios de género y en la cátedra UNESCO de educación en derechos humanos, que funcionamos produciendo, conversando y analizando, investigando, y todo eso me parece súper apasionante, en la medida que tú puedes trabajar en colectivo o en equipo y hacer estudios. Nosotras ahí hicimos estudios que tenían que ver con temas religiosos, de género y políticas públicas. O sea, en esa participación yo veía un sentido, tanto lo que hice en *La Academia* como

en la Universidad de Chile. Yo sigo pensando que el aporte de la antropología, de una mirada diferente, especialmente de una mirada que te permite sacarte las máscaras y lograr que en una relación la otra persona quizás quiera sacársela, ese puede ser un trabajo bonito, interesante, útil. Pero para que eso funcione a la persona le tiene que interesar, y ahí es donde vuelvo a pensar que no hay nada que tenga sentido si no hay una motivación. Entonces, la búsqueda de la motivación tendría que ser lo que te permita ya sea hacer investigación o hacer cualquier cosa, y siento que eso es lo que muchas veces se pierde. Para mí es desafiante cuando hay problemas concretos que le hacen sentido a las personas.

Recuerdo que en *La Academia*, hubo una chica, Tamara, hija de detenido desaparecido, que después fue ayudante y con quien somos amigas hasta la eternidad. Bueno, ella debía hacer su trabajo final y me pregunta, porque era actriz, si acaso podía hacerlo con una obra de teatro. Le dije “¡por supuesto!”, le conseguimos el auditorio para que ensayara, y el 10 de diciembre del año que ella hizo su curso, presentó Victoria y su memoria, diatriba de la empecinada de Juan Radrigán. Con el auditorio lleno, con su mamá presente, con decanos, etc., y fue una maravilla. Y para mí eso ya cumplió con todas las expectativas de todo lo que habíamos tratado de hacer. Porque ella pudo hacer un proceso de sanación, de abrirse en su historia, puso a su padre en una fotografía como testigo, y todo eso, también para su generación y para su universidad. Entonces, de repente, me pasa eso. No me interesan más cosas que de ese tipo. Por ejemplo, con la gente que hace doctorado, que lleva años haciendo su tesis y que veo que se van muriendo, que se

van desgastando, que están sufriendo y, que de repente, ¿para qué? para qué, si pueden pasar tantos años pudiendo hacer tantas otras cosas que se necesitan.

AdS: Josefina es muy interesante eso que dices, porque lo que uno puede observar, sobre todo en el mundo académico, es una tendencia creciente hacia la producción de paper, de publicaciones, de obtención de grados, etc. Y tú señalaste en algún momento que no concebías esa forma de hacer antropología, de hacer algo sin realizar primero un trabajo con la gente, algo mucho más práctico, concreto y cotidiano. En este sentido, ¿qué podría hacer la antropología para retomar esta idea de relación cercana, directa, práctica, pública, respecto de su rol?

Es súper difícil ir a contracorriente porque, claro, no es solo de la antropología sino que es de todas las profesiones de hoy en día, porque el camino que se ofrece está así, de grado en grado, de salidas idealmente al extranjero y vueltas, y postergar al máximo el inicio de la carrera para llegar con un doctorado que te permita una mejor ubicación. Y eso se ha instalado muy fuerte en estas generaciones, pero tampoco es todo el mundo. Hay personas que obviamente quieren hacer un estudio y trabajar inmediatamente, pero yo creo que lo único que importa es la misma gente. También esto de romper un poco con las estructuras de las instituciones, tratar de verlo mucho más amable, más comunitario. Para mucha gente puede sonar un poco ser hippie, pasado de moda, pero ¿cómo lograr que cada cual pueda vivir con una profesión dignamente? Pasa

por muchos cambios. Desde la forma de vivir, desde los estilos de vivir, para que tener que trabajar no se convierta en una camisa de fuerza, entonces es lo mismo que el género: una camisa de fuerza para poder sobrevivir. No, lo encuentro tremendo. Pero veo que hay pistas en algunas nuevas generaciones que ya no quieren más hacer ciertas cosas. Ya no quieren más ir a una oficina. Ya se está rompiendo bastante eso. Pero también veo mucho menos compromiso con algunas generaciones que no se la juegan hasta el final con alguna cosa. Eso me ha tocado también observar. Con mi generación, te la jugabas hasta el final-final-final. Y hay otras que ¿tienes un problemita? Ya, abandonas el barco, pero bueno, no hay que generalizar.

AdS: Muchas gracias Josefina por esta conversación. Quizá quieras agregar algo, tal vez un mensaje para los estudiantes de antropología de la actualidad.

Que insistan en lo que les importa. Poder tomar el tiempo para perfilar lo que importa en ese momento de su biografía y concentrarse en eso, sin importar que más adelante eso pueda cambiar. Yo creo que ese sentido, que se puede encontrar en lo que sea, ya sea que se quiera profundizar-conocer-investigar, lo importante es que sea algo que los motive, que sirva y si en ese camino tiene que buscar alianzas que los puedan ayudar, que lo hagan. Pero que no sea lo contrario, que no se adapte a lo que el entorno le ofrece para salir adelante, sino que sepan qué quieren para ir atrayendo y haciendo su propio camino.

Notas

¹ El Tanquetazo o Tancazo fue un intento de Golpe de Estado llevado a cabo por una facción de militares del ejército el día 29 de junio de 1973. Dicho intento fue sofocado por tropas leales al comandante del Ejército Carlos Prats y al gobierno de la Unidad

Popular liderado por el presidente Salvador Allende.

² *La Academia*, nombre coloquial con que se conoce a la Universidad Academia de Humanismo Cristiano